

DE JUAN CASIANO A JOHN MAIN: REFLEXIONES SOBRE MEDITACIÓN CRISTIANA

Adalbert de Vogüé, monje de La Pierre qui Vire, *Monastic Studies* 15, 1984.



Juan Casiano



John Main OSB

Los escritos de Juan Casiano jugaron un papel decisivo en la vida de John Main. Fue gracias a una página de las *Conferencias* que, a la edad de 45, fue capaz finalmente de fusionar los dos elementos que construyeron su espiritualidad personal y que hasta entonces no habían sido integrados.

Él mismo relató la historia algunos años después, en *The Gethsemani Talks* (*Las charlas de Gethsemani*)¹. Él fue iniciado en su juventud a la “meditación” hindú y fue formado en la repetición de un mantra unificador. Al convertirse en monje benedictino (en 1959) había renunciado a esta práctica tan simple y beneficiosa, y adoptó bajo su voto de obediencia el método occidental de oración (la producción de varios “actos”) tal como se enseñaba en el noviciado de la Abadía de Ealing. Por 12 o más años él estuvo separado de la fuente espiritual que lo había nutrido en un principio, y había caído de a poco en un vacío espiritual de activismo, lleno, y al mismo tiempo vacío.

Sin embargo, en medio de sus demandantes actividades en Washington (1969-1974) un encuentro providencial lo obligó a volver a leer *Holy wisdom* (*Santa Sabiduría*) de Augustine Baker OSB, y esto lo llevó a Casiano.

¹ Main, John *Christian Meditation: the Gethsemani talks*. Montreal: Medio Media 2000 (citamos la 2ª edición, 1982). Una primera versión, abreviada, apareció en tres partes en *Cistercian Studies* 12 (1977) 184-190; 272-281; y 13 (1978) 75-83, bajo el título significativo de “La oración en la tradición de Juan Casiano”, a lo cual las partes segunda y tercera están precedidas de las palabras “Meditación Cristiana”.

En la Conferencia X de este autor, con sorpresa descubrió el principio de repetir una frase para llegar a la oración continua. Su redescubrimiento de la práctica básica aprendida por su maestro de la India en un autor expresamente recomendado por San Benito, le permitió reconstruir la unidad de su ser espiritual basándose en esta práctica, reconciliando estos dos elementos: la sabiduría adquirida en la India y el don del ser en el monasticismo cristiano, la experiencia de la meditación de Oriente y la lealtad a la tradición benedictina.

El rol de mediador que desempeñó Juan Casiano en la historia de John Main es interesante en varios sentidos. Primero, en la dimensión histórica ofrece un ejemplo de tener un recurso de un autor pre-benedictino para enriquecer y corregir la tradición post-benedictina. Como ya lo hizo Augustine Baker, pero en forma algo distinta, como veremos – Main retorna a una fuente de la Regla para suplir una laguna que quedó abierta o fue llenada en forma imperfecta por quienes hicieron uso de ella.

En otra dimensión, la del espacio, esta historia continúa inesperadamente la gran misión de mediador que cumplió Casiano. Desde su primera aparición, el invaluable servicio cumplido por las *Instituciones* y las *Conferencias* había sido transmitir al Occidente una sabiduría que era egipcia, oriental y griega. En el caso de Main, este encuentro entre Oriente y Occidente se expande más allá del Oriente cristiano para incluir el Lejano Oriente. Gracias a Casiano – ¿quién podría creerlo? – una práctica hindú encuentra el derecho de ser aplicada al cristianismo.

Esto significa que Casiano, en esta como en otras ocasiones, se estableció como un destacado ecumenista. Al proponer a los monjes latinos, en nombre del monasticismo egipcio, una fórmula de oración para ser repetida sin cesar, el autor de la Conferencia X no solo construye un puente entre dos regiones del mundo cristiano de su tiempo. Sin saberlo, pone a sus lectores occidentales en comunicación con otras dos tradiciones que se mantendrían a través de los siglos el hinduismo con su mantra – como ya hemos dicho – y el *hesicasmo* griego con su “oración de Jesús”. Y así aparece en una vasta escala temporal y geográfica, una unidad real de la experiencia espiritual monástica.

Aparentemente independientes, el monasticismo egipcio del siglo IV, el más tardío monasticismo bizantino y la espiritualidad hindú de todos los tiempos descubrieron y emplearon esta clase de ley mística. Como portavoz de los monjes de Egipto para sus hermanos occidentales, Casiano no ha sido simplemente un testigo de esta unidad: él puede ser también – como Main nos prueba – su efectivo servidor.

El papel de Casiano como enlace en este tema es aún más esencial ya que el monasticismo latino no ha producido una frase análoga a la Oración de Jesús, ni tampoco ha empleado ningún otro mantra cristiano en forma sostenida.

Es algo extraño y causa pena que el *Dios mío, ven en mi auxilio* recomendado por el Abad Isaac no ha sido, hasta donde sabemos, usado en el Occidente en la forma sugerida por el autor de las *Conferencias*. No ha llegado a nosotros ningún eco de una escuela de espiritualidad que haya cultivado esta frase para la oración continua.

En vez de esta práctica personal incesante que proponía Casiano, encontramos solo ejemplos de uso litúrgico o ritual, ya sea en la Regla de San Benito misma², o en su contemporáneo y compatriota Casiodoro³, o en el monasticismo franco-céltico del siglo siguiente⁴.

Esto testimonia el hecho que el mensaje del Abad Isaac fue escuchado: el versículo que recomendó es muy respetado y se percibe la riqueza de su significado. Pero no es usado como oración continua. El verdadero propósito que Casiano tuvo en su mente ha sido perdido de vista.

En ausencia del *Dios mío, ven en mi auxilio* de Casiano que se desvió a otros propósitos, ¿usó el cristianismo latino de la Edad Media otras frases-fórmulas para su repetición? Tal vez tuvieron que esperar varios siglos, hasta la invención del rosario, para usar un método similar de manera habitual. En el Maestro y en San Benito encontramos la invitación a decir una u otra palabra “sin cesar, en el corazón”⁵.

Pero el propio hecho de que ellos recomienden la repetición de varias frases diferentes muestra que ellos no querían significar una práctica real de repetición continua tal como presupone la elección de un solo texto. El propósito de estas frases “para decir continuamente” no era apoyar la oración continua sino inculcar ciertas actitudes de vigilancia o de humildad que el Maestro o San Benito sostenían que eran particularmente necesarias.

Así, el monasticismo latino se ha visto privado de cualquier fórmula de oración y es por eso que la Conferencia X se sitúa como un testigo de gran importancia. En realidad, solo esta enseñanza del Abad Isaac les recuerda a los monjes de Occidente un método de oración continua que ellos no han podido poner en práctica. Es una amarga paradoja que el más antiguo testimonio de tal práctica está en latín y que haya sido totalmente descuidado por el mundo latino. Pero el ejemplo de John Main muestra que la base puesta por Casiano no ha sido en vano. Gracias al autor de las *Conferencias*, plegaria monológica, tal como ha sido llamada por los monjes de Oriente, pertenece para siempre al tesoro de la tradición occidental, y nada impide a los hijos de San Benito tomarla de allí para su provecho, entre las otras cosas *nuevas y antiguas*⁶.

² Regla de San Benito (RB) 17,3 y 18,1 (Oficio); 35,17 (ritual).

³ Casiodoro, *comentario al Salmo 69,2*. Ver mi publicación *La Regle de Saint Benoît*, Tomo VI, París 1971, (SC 186), 1029.

⁴ Columbano, *Reg. Caen.* 9 (158, 13-21 Walker); Donat, *Reg.* 34,7. Cf. *La Regle de Saint Benoît*, Tomo V, París 1971, (SC 185), 583.

⁵ *Regla del Maestro*, (RM) 10,19 = RB 7,18 (Sal. 17,24); RM 17,85 = RB 7,65 (Oración de Manasés 9; cf. Mat. 8,8; Lucas 18,13.) A estas fórmulas del primero al duodécimo grado de humildad se agrega un séptimo grado (RM 10,71; cf. RB 7,54), pero este texto compuesto (Sal. 118, 71 y 73) no es “para decirlo sin cesar” como en el Maestro, quien además omite “en su corazón”. Con respecto a San Benito, su muy corta introducción no vuelve a hablar de repetición. Lo más interesante de estas tres formulaciones es que del duodécimo grado, puesto en labios del publicano en el evangelio en lugar de *Ten piedad de mí, pecador*, llega a ser, como sabemos, uno de los dos elementos de la Oración de Jesús. Ver mi artículo, “La Regle de Saint Benoît et la vie contemplative”, en *Saint Benoît, sa vie et sa Regle*, Vie Monastique 12 (Bellefontaine 1981, 149-150).

⁶ Cf. Mi artículo “Preghiera”, en el *Dizionario degli Istituti di Perfezione* 7 (1983), col. 603, traducido con el título “Prayer in early monasticism” (“La oración en el monasticismo temprano”), *Word and Spirit* 3 (106-120; ver 115-116).

Aunque la conexión entre Casiano y Main es de interés por varias razones, merece también ser considerada por sí misma. ¿Cómo entendió Main a Casiano? ¿Qué retuvo él precisamente de la Conferencia X? ¿Es su interpretación rigurosamente exacta, o relativamente libre?

Cuando consideramos de cerca las muchas referencias a Casiano en *The Gethsemani Talks (Las charlas de Getsemaní)*, nos damos cuenta, primero, de unos pocos accidentes. Una de estas malas interpretaciones es debida sin dudas a la traducción que Main estaba usando⁷, y es sobre todo irrelevante.

Pero otra puede atribuirse al mismo John Main. De acuerdo a él, el término “católico” que aparece varias veces en los primeros capítulos de la Conferencia⁸, se refiere al método de oración ensalzado en los últimos capítulos, es decir, la “oración de pobreza” que consiste en la repetición de un solo versículo⁹.

En realidad, cuando Isaac habla de “fe católica”, de “la interpretación de las iglesias católicas”, o de “la fe de la tradición católica”, él tiene en su mente solo la interpretación del gran texto del Génesis que hace al hombre “la imagen de Dios”. Esta exégesis ortodoxa de Gén. 1:26, que se opone al antropomorfismo del anciano Serapión, no tiene relación directa con la fórmula de oración revelada al final de la Conferencia.

Esta confusión es sin duda debida a la manera rápida en que Main trata su tema en estas simples charlas. Uno puede explicar en forma parecida otros errores menores¹⁰. Cuando toleramos estas excusables aproximaciones, vemos que Main ha tomado una parte esencial de la enseñanza de Isaac: la constante repetición de una frase es un camino para llegar a la “pobreza de espíritu” y por lo tanto, para descubrir las infinitas riquezas del Reino de Dios¹¹.

Por otra parte, lo que Main no retuvo es el valor especial de la frase particular propuesta por el Abad Isaac. En realidad, para Casiano, el gran secreto del monje egipcio no consistía en la repetición de ninguna otra fórmula sino precisamente de la que él proponía: *Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, apresúrate a socorrerme* (Salmo 69,2). Este versículo del salmo posee literalmente todas las virtudes.

⁷ Cf. *The Gethsemani Talks*, página 19: “No pienso tener ninguna dificultad para presentarles lo que podría llamar la entrada (a la oración) vagando por sus recovecos como el Señor nos pueda dirigir” traduciendo la Conferencia X, 9,2: *nee me laboraturum credo, ut iam intra aulam quodammodo ipsius oberrantes in adyta quoque, in quantum Dominus direxerit, introducam; la palabra iam, descuidada en esta traducción, da a la oración un sentido diferente, correctamente dado por E. Pichery en Jean Cassian, Conférences VIII-XVII, París 1958 (SC 54), 84 (citamos de aquí en adelante el texto latino de esta edición, agregando la división en párrafos de Petschenig en CSEL 13). John Main reproduce aquí, con pocas variantes, la traducción de E.C.S. Gibson en *The nicene and post-nicene Fathers (Los Padres nicenos y post-nicenos)*. Vol XI, Ser, 2, Grand Rapids: Eerdmans, 1982, 405.*

⁸ Conf. X, 1 (*catholicaefidei*); 3,2 (*catholicae... ecclesiae*); 3,3 (*fidem catholicae traditionis*). Ver también Conferencia X, 5,3: *catholicis dogmatibus*.

⁹ Ver páginas 19-21.

¹⁰ En la pág. 18, Main afirma la partida de Casiano y Germán en relación con la llegada de Jerónimo a Belén, “acompañado de una tormenta de controversias intelectuales”; la hipótesis es más agradable que bien fundamentada. En pág. 21, nota 9, la referencia es a la Conf. X, 10, 14-15. Pág. 38, *pax perniciosa* no se fundamenta en la Conf. X, 8,5 sino en la Conf. IV, 7,2, donde no es un tema de oración sino de antagonismo entre la carne y el espíritu; en relación al *Sopor letalis* (Conf. X, 8,5), estas palabras en Casiano apuntan al estado de distracción (pensamientos mundanos) más que a “oración a la deriva” (en ausencia de la frase-oración), que hace pensar más fácilmente en la Conf. X, 13, 1-2.

¹¹ Conf. X, 11, 1 (Mat. 5,3) citado en las págs. 17 y 33 (ver páginas 35 y 53).

Si es apropiado para nutrir la oración continua, es porque por su generalidad, expresa la necesidad básica que el ser humano en su fragilidad y condición de pecador experimenta en cada situación ¹².

Al repetirla, nos volvemos “pobres” no solo porque la mente se reduce a un solo pensamiento sino también porque nos reconocemos como impotentes, necesitados de la gracia, “mendigos de Dios”.

Para decirlo de otra forma, la “pobreza” que nos trae es la de la humildad¹³, tanto como la del pensamiento simplificado.

Si Main no prestó particular importancia al contenido de la frase de Isaac sino sólo retuvo el principio de repetir la frase, esto puede ser fácilmente explicado considerando la tradición hindú del mantra, el cual es de algún modo indeterminado y dejado a elección de quien medita. Aún más, esta tradición recomienda frases breves “de una a quince sílabas, más bien siempre menos de doce”¹⁴.

Con 25 sílabas, la frase de Casiano excede estos límites¹⁵. Sin criticarlo, Main lo puso tranquilamente a un lado. Un detalle de la traducción ilustra este silencioso rechazo: cuando Casiano habla de “este versículo”, Main traduce: “un solo versículo”¹⁶.

Una apreciación precisa de la relación de Main con Casiano demanda que tomemos una mirada más amplia de las ideas e intenciones de Casiano en los últimos capítulos de su conferencia X. Esta es la última de las diez charlas de Escete y con la precedente forman la conclusión de la primera serie de Conferencias, recordando por ciertos rasgos las dos primeras charlas del Abad Moisés¹⁷. Del mismo modo que la Conferencia IX presentó recientemente, bajo el nombre de “oración”, el ideal de contemplación propuesto en la Conferencia I, así la Conferencia X, tratando sobre los medios infalibles para llegar a ese fin, va sobre los pasos de la Conferencia IX. De acuerdo con Moisés, el medio seguro para ir derechamente a lograr el fin, burlando todo ardid del demonio, es la discreción. De acuerdo a Isaac, el medio seguro para orar sin cesar – y también, como veremos, para sobreponerse a todo espíritu impuro – es repetir en cada situación el versículo *Dios mío, ven en mi ayuda*.

Tal como la discreción de Moisés consistía en guardarse de las formas opuestas de exceso – demasiado o demasiado poco – así el *Dios mío, ven en mi ayuda* es ensalzado por Isaac como el arma suprema contra tentaciones opuestas – comer o dormir demasiado, o no comer ni dormir nada¹⁸ – y entonces en la misma línea como la oración apropiada en situaciones opuestas, ya sean perturbadoras o favorables: tentaciones de lujuria o

¹² Herbert, J. *Spiritualité Hindoue*, París, 1947, 366.

¹³ Citado 16 veces en la Conferencia X, 10, el versículo siempre es reproducido en extenso. Aparte de su excesiva longitud, su empleo se distingue del de los mantras por un rasgo del que hablaremos después (ver nota 37 más abajo): uno no lo repite durante un tiempo reservado para meditar, sino a través de la miríada de actividades del día y de la noche.

¹⁴ Versiculi huius (Conf. X, 11,1) traducido por Gibson ((pág. 407): “este único versículo” y por Main (pag. 33): “un solo versículo”.

¹⁵ Ver nuestro artículo, “Pour comprendre Cassien: un survol des Conférences”, Coll. Cist. 39 (1977), 250-272 (ver 259-260). Una traducción al inglés apareció en *Cistercian Studies* 19 (1984).

¹⁶ Conf. X, 10, 6-8.

¹⁷ Íd. 10, 9-13.

¹⁸ Íd. 10,14

ausencia de tentaciones, sentimientos de orgullo o un sentido de humildad, sequedad o alegría espiritual, terrores nocturnos o seguridad¹⁹, en una palabra, la frase ha de repetirse del mismo modo, “cuando las cosas están yendo mal, para ser liberadas, y también cuando las cosas están yendo bien, para mantenerse en ese estado y para ser preservadas del orgullo”²⁰.

En medio de estas dobles antítesis, Isaac desliza una lista de tres vicios: ira, avaricia y tristeza²¹. Junto con los precedentes (glotonería y lujuria) y con los siguientes (acedia, vanidad y orgullo) estas tres ocasiones en las cuales recitar el versículo *Dios mío, ven en mi ayuda* forman una casi perfecta lista organizada de los ocho vicios principales, tal como fueron descritos en los últimos ocho libros de las *Instituciones* y en la Conferencia V. Este es un punto significativo: Casiano aquí resume la batalla contra los vicios, que para él constituye “conocimiento práctico (o activo)” – lo que hoy nosotros llamamos ascetismo – y la base indispensable de la contemplación²².

En esta conclusión a las primeras Conferencias, el *Dios mío, ven en mi ayuda* juega así un triple rol: como un remedio universal contra los vicios es, como la discreción, el arma por excelencia de la vida activa; como una oración apropiada para cada situación, es el perfecto instrumento para la oración continua, y por lo tanto para la vida contemplativa; como un clamor de ayuda, significa humildad y reconocimiento de la gracia divina, pobreza que lleva al conocimiento de Dios²³.

El versículo tiene esta triple función por su contenido particular. No es por casualidad que Isaac – o Casiano – lo seleccionaron entre todos los otros versículos del Salterio, en realidad, de todas las Escrituras, para hacerlo una *fórmula de oración* comparable con la misma oración del Señor²⁴.

Estos variados aspectos que hacen del *Dios mío, ven en mi ayuda* una síntesis de las primeras Conferencias, están ausentes en la lectura que hace Main del texto de Casiano-Isaac. Él retiene solo una recomendación: el “empobrecimiento” de los pensamientos, concentrados en la continua repetición de la palabra²⁵.

Sin duda, Casiano atribuyó una gran importancia al poder unificador de la frase, pero el poder no se limitaba a ella. Todo el tratado sobre la oración que constituyen las conferencias del Abad Isaac tiene un movimiento rítmico de flujo y reflujo, de lo múltiple a lo simple. Luego de las cuatro clases de oración anotadas por el Apóstol²⁶ sigue una unificación mediante la oración de fuego.

¹⁹ Íd. 10,10.

²⁰ Ver la Conf. XIV, 1-2.

²¹ Conf. X, 11,2. Ver Conf. III, 11-22, un tratado comprensivo sobre la gracia, prefigurando las Confs. XIII y XXIII; Conf. V, 15, etc.

²² Fórmula usada al hablar de la oración del Señor (Conf. IX, 8,2 y 22,1) tanto como *Dios mío, ven en mi ayuda* (Conf. X, 8,5; 10, 1-2 y 14, 11,1).

²³ Conf. X, 11,1.

²⁴ Conf. IX, 9-15 comentando a I Tim. 2:1.

²⁵ Conferencia IX, 15,2. La conclusión (15-3 y 16-17) trata una vez más los cuatro tipos, junto con Juan 17 y Fil. 4:6 (Conf. IX, 17, 3-4).

²⁶ Conf. IX, 18-24.

Luego, ascendiendo a la Oración del Señor, encontramos nuevamente la multiplicidad de sus siete peticiones²⁷ pero esto es nuevamente dominado por la simplicidad inefable de la oración de fuego, descrita entonces por segunda vez²⁸.

Estas dos progresiones hacia lo uno, que le dan su estructura a la Conferencia IX, tienen una tercera agregada a ellas, que es dividida en dos partes en la Conferencia X. Esta vez pasamos primero de “la riqueza y profusión de todos los pensamientos” a la pobreza del *Dios mío, ven en mi auxilio* repetido sin cesar. De ahí somos levantados al “multiforme conocimiento de Dios”²⁹, es decir, a un conocimiento experiencial de todo lo que las Escrituras, y especialmente el Salterio, describen³⁰. Finalmente, esta riqueza es reducida en sí misma a la unidad, en la oración de fuego, que Casiano describe por tercera vez, refiriéndose a sus descripciones precedentes³¹.

El paso de “la riqueza de pensamientos” a la “pobreza” de una sola palabra, solo retenido por Main, es solamente uno de los cuatro retornos a la unidad que marcan el *De la oración* de Casiano³². Si el benedictino inglés está interesado exclusivamente con este punto, es porque se relaciona con su propia experiencia de los beneficios de *japa*³³ esto es, con la repetición del mantra. Lo único que él le pide a Casiano – y ello con una buena razón – es la autenticación cristiana de una práctica hindú.

Más aún, él no está tratando de ninguna manera de contrabandear bajo el paraguas de las Conferencias, una mercancía extraña al cristianismo. Tanto como podemos ser perturbados por la forma en que muchos cristianos usan las técnicas espirituales del Lejano Oriente³⁴, La forma de Main da la impresión de absoluta autenticidad cristiana. No es su menor mérito – debido, sin duda, a su sólida formación monástica – que él haya asimilado perfectamente la meditación hindú a una vida religiosa totalmente entregada a Cristo.

²⁷ Conf. IX, 25.

²⁸ Conf. X, 11,2 (mencionada por Main, p. 35).

²⁹ Conf. X, 11, 4-6(ver Main, pág. 44). Uno recuerda a Evagrio, *Sobre la oración* 85, en lo que hace a las “variadas formas de sabiduría” (ver Ef. 3,10), la característica de la salmodia, en contraste con “la intangible y uniforme sabiduría” que caracteriza a la oración. Ver también Atanasio, *Carta a Marcelo*: el salterio es un espejo que refleja todos los estados del alma.

³⁰ Conf. X, 11, 6.

³¹ A estos movimientos ascendentes se agrega el de la Conf. X, 6: de la visión de Jesús, hombre terrenal, en la “vida activa” entre los hombres, a la del Cristo glorificado sobre la montaña en soledad contemplativa. Respecto a esto notamos que el P. John Main “estaba, antes de morir, moviéndose hacia el completo silencio de la vida eremítica” (*Christian Meditation*, p. 60).

³² Sobre este término, ver Herbert, J., op.cit. 366-369; Swami Siddhaswardnanda, *La meditación selon le Yoga-Vedanta*, París, 1945, 103 y 146. Main, quien no usa el término, parece unir con el nombre de mantra, la frase y su repetición.

³³ Ver especialmente la colección *Des bords du Ganges aux rives du Jourdain*, París – Friburgo (edit. Saint Paul 1983), con contribuciones de Hans Urs von Balthasar, Louis Bouyer, Olivier Clement, etc. Uno sabe que el mantra recomendado por Main es la jaculatoria cristiana Maranatha (*Christian Meditation*, p. 45-46). La meditación que él invoca conduce, a través de Cristo, al Dios Trino que vive en nosotros.

³⁴ Ver especialmente la colección *Des bords du Ganges aux rives du Jourdain*, París – Friburgo (edit. Saint Paul 1983), con contribuciones de Hans Urs von Balthasar, Louis Bouyer, Olivier Clement, etc. Uno sabe que el mantra recomendado por Main es la jaculatoria cristiana Maranatha (*Christian Meditation*, p. 45-46). La meditación que él invoca conduce, a través de Cristo, al Dios Trino que vive en nosotros.

Se hizo mención recién sobre la formación benedictina de John Main. Debería recalcar que dicha formación le ofreció una base para su posterior redescubrimiento del mantra, que fue no menos importante que el *Dios mío ven en mi ayuda* de Casiano. Me refiero a la media hora diaria de oración que su Congregación le dio como obligación³⁵.

Este tiempo apartado para la meditación corresponde precisamente a lo que Main practicó con su maestro hindú. En Casiano no hay mención de esta media hora de oración mental, que es la idea moderna basada en cierta sugerencia de la Regla. Uno puede decir que el *japa* cristiano de Main consiste en llenar la media hora de meditación del benedictismo contemporáneo con la repetición de una frase, de la manera practicada por los monjes primitivos.

De acuerdo con el Abad Isaac, no había un tiempo especial apartado para la práctica de esta repetición. Uno debía decir el *Dios mío ven en mi ayuda* en todo tiempo³⁶, sin una frecuencia predeterminada, ni detener otras actividades. La entera existencia de uno era así permeada por la continua repetición de la frase, y esto estaba prescripto en referencia al famoso *Shema* del judaísmo, o más bien, en la Biblia misma: “Lo repetirás sentado en tu hogar o yendo de camino, durmiendo o caminando; lo escribirás en tu umbral y en las puertas de tu boca; lo pondrás sobre las paredes de tu casa y en las profundidades de tu corazón...”³⁷. Parafraseando así el texto del Deuteronomio, Isaac mostró el carácter libre e indeterminado de la repetición que proponía, y al mismo tiempo encontraba un precedente útil en las Escrituras.

Los dos períodos de media hora de meditación, por la mañana y por la tarde, de los que habla Main, obviamente no excluyen esta repetición espontánea y ocasional durante todo el día. Por el contrario, invitan a ella como un complemento natural y verdaderamente indispensable. Aún cuando no habla directamente sobre esto, Main lo da a entender al pasar³⁸. Una vida de oración necesita a la vez tiempos especiales donde uno hace solamente eso, y una continua dedicación mental preservada a través de todas las ocupaciones³⁹.

Para su redescubrimiento del mantra, John Main está en deuda tanto con el moderno benedictismo como con Juan Casiano. Aún más, ¿no fue Dom Agustín Baker, el gran escritor espiritual de la Congregación Benedictina inglesa, quien incitó su relectura de las Conferencias y su redescubrimiento del secreto del Abad Isaac? Para completar este resumen de la relación de John Main con Casiano, sería útil considerar la relación de Baker con el autor de las *Instituciones* y las *Conferencias*. Baker no parece citar nunca la frase-oración el abad Isaac en su obra *Sancta Sophia (Santa Sabiduría)*.

³⁵ Ver pág. 14. Main no indica si la media hora era observada dos veces al día, por la mañana y por la tarde, como en el caso de ciertas congregaciones benedictinas, como él mismo invita a hacer.

³⁶ Conf. 10, 10,14 (“en todo trabajo, servicio, o viajando... durmiendo o comiendo, satisfaciendo las más humildes necesidades naturales”) y 15 (“yendo a dormir, caminando, arrodillándose para orar o levantándose, en todo tipo de trabajos y acciones”).

³⁷ Conf. X, 10,15, parafraseando Deut. 6: 7-9.

³⁸ Ver pág. 50, en referencia implícita a la Conf. X, 10,15.

³⁹ Este principio, que fue inculcado por el venerable abad que me recibió en el monasterio hace 40 años, está bien expresado por Swami Siddhaswardnanda. Ver Op. Cit. Págs.. 55 y 103. Ver la Conf. X, 14, 2.

Sin embargo, una vez – y John Main no lo deja escapar⁴⁰ – parece aludir a ello al hablar de “las oraciones jaculatorias mencionadas y correctamente recomendadas por los santos eremitas de Casiano”⁴¹. De acuerdo a él, estas “son en realidad ‘aspiraciones infusas’, cuyos efectos fluyen de los hábitos ya adquiridos de la oración continua, y no preparaciones imperfectas para estos”.

Lo que pueda haber sido en esta lectura en la cual Main reconoció “una comprensión intuitiva del mantra”, la repetición de una frase no es lo que llamó la atención de Baker sobre Casiano. Más que precisas sugerencias de este tipo, él buscó las *Conferencias* como inspiración general para validar la vida interior y la oración mística. En realidad, su mayor preocupación era introducir en el medio benedictino de su tiempo un misticismo que dependía mayormente de obras de la espiritualidad medieval y moderna, como lo muestra su lista de autores⁴². Casiano le interesa sobre todo por la relación que pudo establecer entre el mundo espiritual de la Regla y expresiones místicas más recientes. El autor de las *Conferencias* le sirvió a Baker mucho en el mismo sentido que a Main, como autoridad e intermediario, aunque en un modo más amplio y en relación a una tradición diferente.

Como ésta es la perspectiva de Baker, podemos entender por qué él cita las *Instituciones*⁴³ mucho menos que las *Conferencias*, y que él principalmente recoge de estas las enseñanzas del Abad Isaac. Dos de las tres descripciones de la oración de fuego son citadas por él extensamente⁴⁴. Por dos veces también él cita la solemne afirmación de las Conferencias IX y X: el fin y la perfección del monje están en la oración⁴⁵. De esta oración que Isaac ensalza él subraya a la vez que es incesante, sublime y pura⁴⁶, lo cual no permite las distracciones⁴⁷.

Acerca de estas citas en las dos charlas sobre oración, Baker dispone algunas observaciones encontradas en alguna otra parte y que ilustran temas relacionados. Una de las *Conferencias* proporciona una frase para apoyar “la necesidad de inspiración divina directa”⁴⁸, otra, un ejemplo de oración extática⁴⁹.

⁴⁰ Ver página 16.

⁴¹ Baker, Agustín, *La sainte Sapience*, Vol. 1, París, 1954, 1, Parte I, Cap. IV, sección 10, 35); hojeando las páginas de la edición francesa, la única que tenemos a mano, indicamos entre paréntesis la referencia del pasaje (Tratado, Parte, Capítulo, Parágrafo) lo que encontraremos de la misma forma en cualquier edición inglesa.

⁴² Íd., Vol I, pág. 64, 1, parte 111, cap. III, sec. 3.

⁴³ Íd. Vol II, pág. 161 (Tr. III, Parte III, Cap. VI, Sección 4), citando a Casiano, *Instituciones*, prefacio 8 (adaptar la austeridad a la fortaleza); Vol. I, pág. 253, Parte 111, Cap. VI, Sec. 1, que puede aludir a *Instituciones* V, 13 (el primer paso en la virtud es dominar la glotonería).

⁴⁴ Íd. Vol II, pág. 120 (Tratado III, Parte 111, Cap. 11, Sec. 4) citando la Conf. IX, 25; Vol II, pág. 182 (Tr. III, parte IV, Cap. 1, Sec. 5) citando la Conf. X, 11,6.

⁴⁵ Íd. Vol I, pág. 133, 1, Parte 111, Cap. IV, Sec. 4, citando la Conf. I, 7,4 (esta frase de Germán repite aproximadamente la de Isaac, ver 2,1) y X, 7,3; Vol II, pág. 32 (Tr. 111, Parte 1, Cap. IV, sección 7) citando nuevamente la Conf. X, 7,3.

⁴⁶ Íd., Vol. I, pág. 133, 1, Parte III, cap. IV, sec. 4, citando la Conf. X, 5,3 y IX, 31.

⁴⁷ Íd., Vol. 11, pág. 26 (Trat. III parte I, Cap. 111, sec. 5) citando la Conf. X, 14,2.

⁴⁸ Íd., Vol I, pág. 74 (Tr. 1, parte 11, cap. IV, sec. 3) citando la Conf. 3, 10,6 magisterio (ipsius) et illuminatione (deducti) ad perfectionem (summae beatitudinis) pereinimus (Ver Conf. III, 14). La siguiente cita (quotidiana Domine illuminatione ilustrata) aún requiere ser identificada.

⁴⁹ Íd. Vol. 11, pág. 32 (Tr. III, parte 1, cap. IV, sec. 7) citando la Conf. XIX, 4,1 (Juan se olvida de comer).

Pero es la *Conf. XXIII* la que sobre todo utiliza Baker porque presenta la contemplación como la única ocupación perfectamente santa y libre de pecado⁵⁰ comparando así el alma interior en la misma relación con el alma imperfecta, como un hombre de visión clara comparado con otro corto de vista⁵¹.

Baker propone con fuerza a los monjes benedictinos este alto ideal de perfección espiritual y oración contemplativa basándose en la referencia a las *Conferencias* que encontró en la Regla⁵².

Él trata seriamente las declaraciones que hace San Benito sobre su propio trabajo y afirma que la Regla por sus modestas normativas se propone formar almas capaces de aceptar estas enseñanzas más avanzadas. Por sí misma, la Regla no lleva a la perfección, ni lo pretende. Los monjes que no ven más allá de ella son como los dos jóvenes cenobitas de Belén, Casiano y Germán, antes de su visita a los anacoretas de Egipto, cuando aún no eran concientes “del verdadero espíritu de la oración contemplativa... la pura oración espiritual libre de imágenes”⁵³.

Esta forma de comprender la Regla benedictina y la formación cenobítica es análoga a la de John Main, por lo cual valió la pena esbozar el enfoque de Baker sobre San Benito y sobre Casiano. A través de cuatro siglos, estos dos benedictinos ingleses (Baker y Main) transitaron caminos similares. Desde la Regla de San Benito como la ley fundamental de su congregación, ambos se movieron, el primero guiando al segundo, hacia esa gran obra que el mismo San Benito hizo el modelo de lectura para los encuentros comunitarios de sus monjes. Y en las *Conferencias* ambos fueron al corazón de la obra: *Sobre la oración* del Abad Isaac. Allí ellos encontraron, cada uno a su modo, una invitación a seguir una forma de oración sumamente exigente.

Concluyendo este homenaje a Juan Casiano y a John Main, permítanme decir cuánto he aprovechado sus lecciones. En septiembre 1977, cuando estaba visitando los monasterios de Irlanda, un monje de Glenstal advirtió en ciertas presentaciones mías una semejanza con *The Gethsemani Talks (Las charlas de Getsemaní)* y me dio una copia de ellas para leer. Las charlas iban a publicarse algunas semanas más tarde en los *Cistercian Studies (Estudios Cistercienses)*.

En realidad, cuando me pedían hablar sobre la oración o sobre la lectio divina yo solía exponer lo que me parecía ser el único método de oración de los monjes antiguos: primero, escuchar a Dios en su Palabra, leída o dicha de memoria, luego responderle en oración.

⁵⁰ Íd. Vol 1, pág. 265, (Tr. III, parte 11, Cap. VII, Sec. 8) y Vol. II, pág. 183 (Tr. III, parte IV, Cap. 1, sec. 7) citando la *Conf. XXIII*, 5-9, a la cual se parece.

⁵¹ Íd., Vol 1, pág. 260 (Tr. III, parte 11, cap. VII, sec. 2) citando la *Conf. XXIII*, 6, 1-5. Como lo precedente, esta cita se realiza sin referencias.

⁵² Íd. Vol I, páginas 74-75 (Tr. 1, Parte 11, Cap. IV, Sec. 3) citando a la Regla de Benito 73:2; Vol 1, pág. 136 (Tr. 1, Parte III, Cap. IV, sec. 5) aludiendo a la RB 42:3-5 y 73:5.

⁵³ Íd., Vol II, págs. 34-35 (Tr. III, Parte I, Cap. IV, Sec. 9). Baker opone aquí las “oraciones vocales” y la oración contemplativa. Para él, las primeras representan el oficio del coro recitado por los monjes de su tiempo, es decir, sin ninguna pausa para la oración entre los salmos. No considera que los cenobitas egipcios practicaban oración luego de los salmos (ver *Inst.* 11, 10, 1; *Conf.* IX 26, 1-2). Sobre este elemento fundamental del Oficio, que hemos comenzado escasamente a redescubrir, ver finalmente nuestro artículo “Salmodie et priere: remarques sur l’office de Saint Benoît”, *Co. Cist.* 44 (1982) 274-292.

La *meditatio* de los antiguos monjes – la recitación oral de las Escrituras – era la continuación, a través de las horas de trabajo y de otras actividades, de su escucha de la divina Palabra oída durante el tiempo de la lectio. Esto hacía posible responder en oración en todo tiempo, sosteniendo así la oración continua, que es “el objetivo del monje”.

Esta práctica de los primeros monjes que yo recordé para mi audiencia con particular referencia al testimonio de Casiano, es desafortunadamente difícil para nuestros tiempos, ante el inadecuado entrenamiento de nuestra memoria y la naturaleza de nuestros trabajos con frecuencia excesivamente absorbentes. Por esta razón traté de adaptarla a nuestra capacidad contemporánea, proponiendo reducir la recitación de las Escrituras a la repetición de una sola palabra: por ejemplo, algunas palabras de un salmo, impresas en la memoria por la mañana, en la tradicional “media hora” y luego recitada durante el día.

Este sistema que había practicado por varios años y que todavía sigo, se identifica en cierto grado con la Oración de Jesús del monasticismo oriental y el *Dios mío ven en mi ayuda* de Casiano. A estas dos referencias tradicionales, que eran las dos únicas que yo era capaz de dar entonces, podría ser agregado el mantra indio cristianizado por John Main. Yo me sentí fuertemente impresionado por esta convergencia de experiencias monásticas independientes, que apuntan a una necesidad universal de un centro de unidad mental, donde la mente pueda en todo momento focalizarse y resituarse en la presencia de Dios.

En mi modesto esfuerzo de “meditación”, experimenté esa cualidad unificante de una frase repetida a través del día. Sin embargo, no voy tan lejos como para repetir la misma frase cada día. Al comenzar cada día yo cambié la frase tomando las palabras que el Salterio me ofrecía tal como venían.

Mi sistema de meditación estaba entonces a medio camino entre recitar páginas enteras de las Escrituras, como era practicado por los cenobitas egipcios descritos por Casiano, y la incesante repetición de la misma palabra recomendada por el Abad Isaac, el hesicasmo bizantino y el hinduismo. Esto agregó una cierta variedad al beneficio de la unidad interior. Esto no era seguramente la absoluta “pobreza” alabada por Casiano y tan querida por Main. ¿Pero no nos fueron dadas las Escrituras en su rica variedad para que pudiésemos ser llenados sin cesar con sus riquezas?

Yo no propondría esta variante tan personal de la práctica clásica como un ejemplo a seguir. Si yo hablo de ello aquí es ciertamente no para competir con los grandes métodos recomendados por los maestros y consagrados por la tradición, sino sólo para decir lo que debo a Juan Casiano y a John Main.

El primero me hizo comprender, mejor que ningún otro autor antiguo, el verdadero lugar de las Escrituras, tanto leídas como recitadas, en el intento de la oración continua. Y por el ejemplo del *Dios mío, ven en mi ayuda* me ha incitado a reducir el recitado escriturístico a la repetición de unas pocas palabras. El segundo me ha fortalecido en este camino, sobre todo mostrándome que, como yo lo hago, otros usan la “media hora de oración” de la mañana y de la tarde para la simple repetición de una palabra o una frase.

Los métodos sirven a las personas, y cada persona debería encontrar el suyo, con los datos reales de su propia naturaleza y su contexto. Pero todos pueden sacar provecho de las lecciones de quienes los precedieron y de sus contemporáneos. Para mí, como para muchos otros sin duda, Juan Casiano y John Main han sido dos de esos saludables hermanos y por esto, después de Dios, me gustaría agradecerles.

(Nota: desde que este artículo fue escrito, muchos de los títulos citados en las Notas han sido reeditados. Visita www.mediomedia.org para pedir las últimas ediciones y muchos otros recursos para la Meditación Cristiana).

Traducción: Marina Müller